

vocación, hace cuanto puede por no parecer una provincia simplemente de Austria. La Bohemia esclava lucha con los alemanes dentro y fuera de sus límites propios, como si datara de ayer, y no de siglos, su íntima unión nacional con Austria. La Galitzia, desprendida del antiguo Estado polonés, tiende con tendecias tenaces también á ensanchar su autonomía, recabando patria municipal, ya que un destino adverso, la condenara tristemente á carecer de patria nacional. La Bohemia y la Herzegovina, separadas del Imperio mongol y unidas al Imperio austriaco, se componen de unos enemigos tan implacables del Austria como turcos y esclavones. Luego tiene las costas dorias y dálmatas, donde iban los romanos del antiguo Imperio á cazar sus siervos, y donde por tanto tiempo lucharon la república de Venecia y el gran Turco, todas ellas de muy difícil asimilación, y muy perplejas entre los diversos elementos que las apartan de Austria y las atraen á sí con soberano empuje. Una situación de suyo tan complicada y difícil, suscita mil problemas, tras cuyos fatídicos términos relampaguea con siniestros fulgores la guerra continental.

Así compuesta el Austria, por la sucesión y serie de los siglos han llegado hasta nosotros las irremediables divisiones suyas, enflaqueciéndola y postrándola. No podía, pues, hacer mucho por los tiempos de la revolución que vamos historiando. Y á esta convicción de su impotencia debía obedecer la duda é incertidumbre de sus ideas en la perplejidad y vacilación de sus actos. Aunque Rusia y Suecia de consuno alanceaban á Leopoldo para que inaugurase y emprendiese una campaña contra Francia, entendía el Emperador perder poco éstas en tal empeño, mientras él podía perderlo todo, por el abigarramiento de sus Estados, fáciles á la descomposición y al desmembramiento, así que los agitaran y sacudieran un poco. En vano, pues, le obyurgaban los emigrados á la guerra. Leopoldo no veía de buenos ojos á estos señores, creídos de que debía el mundo entero arder para conservarles á ellos sus privilegios y sus abusos. El calavera conde y señor de Artois, más tarde Carlos X, destinado á ocupar el trono francés durante una reacción, y á perderlo arrastrado por las revoluciones, pedía con instancias al Emperador la intervención, olvidando cuánta parte y responsabilidad tocaban á sus calaveradas en los estallidos revolucionarios. El Emperador no le hizo caso. Artois estalló en cólera terrible, y se corrió hasta el desacato y el insulto. Leopoldo perdonó su petulancia en atención á su desgracia. Y le mostró cómo los Borbones de Nápoles, y los Saboyas de Cerdeña estaban por la intervención y la guerra; mas eran muy poco ambos para meterse con Francia, mayormente dada la civilización de los españoles, nada resueltos á pasar los Pirineos é invadir el vecino territorio. Así, Leopoldo era el primero en desesperar al pretendiente Artois, aconsejándole por aquellos días, Junio del noventa, una inteligencia entre su hermano Luis XVI y el Congreso constituyente. Como ciegos, los emigrados hab'an resuelto lo contrario; habían resuelto inhabilitar al Rey si osaba en su cautiverio aceptar la Constitución. Habían resuelto publicar en solemne protesta formada todos los entuertos causados al poder y auto-

ridad reales por los artículos de la Constitución liberal. Habían resuelto declarar la vacatura del trono y establecer una regencia, personificada por el traidor conde de Provenza. Habían resuelto anunciar á los franceses la terrible liga europea contra ellos. Habían resuelto que, so pretexto de restaurar los feudos alemanes abolidos por la revolución en Alsacia y Lorena, rompiera el Emperador en guerra y entrase con armas por la frontera oriental. Habían resuelto abrir un empréstito que montase doce millones de francos y mantener así en su propia patria el incendio de la discordia. El Emperador se burló muchísimo de tales maniobras; primero, porque coincidían de suyo con las revolucionarias en destronar al Rey; después, porque los egoistas intereses de aquella oligarquía estaban expuestos con una petulancia rayana en desvergüenza. Reunido, pues, el Emperador de Austria con el Rey de Prusia en Pillusts, por Junio del noventa, cuando el reingreso de los Reyes á Paris, decidieron ambos no romper en guerra, y no escuchar las proposiciones insensatas de los ciegos emigrados.

Bien es verdad que no podía entonces hallarse tranquila esta Europa, trabajada por un elemento ¡ay! tan corruptor como el Imperio turco, de cuyas descomposiciones á diario se levantan nubes de miasmas destinadas á emponzoñar con vapores de guerra el aire vital en que respiramos y la vida misma de que vivimos. En la división de los dos Imperios, el de Oriente y el de Occidente, salvóse por un milagro aquél de las irrupciones germánicas. Los bárbaros pasaron por sus horizontes como nubes fugaces, destinadas á obscurecer otros horizontes. Pero cuando ya, en todo el mundo europeo, se había verificado la fusión de los elementos germánicos y los elementos celtas y romanos, una raza mongólica, la cual había caído sobre Jerusalén, allá por el siglo décimo-tercio, invade audaz el Imperio de Oriente. Mongoles de suyo los magyares, casi mongoles de suyo también los búlgaros, habíanse aligado á los arios tanto de la Esclavonia como de la Grecia, por creer en una religión flexible á cambios y transformaciones. Pero estas razas mongólicas ó turanias, mejor dicho, todas estas razas turcas traían una religión ya completamente fija y concretada, como la religión del Profeta, incapaz por sus caracteres fundamentales de aliarse con ninguna otra. El mahometismo se impuso á una parte de los aristócratas vencidos, pero no pudo imponerse al pueblo cristiano. Y además la religión musulímica tiene tales propensiones al aislamiento, que no puede compenetrarla ningún otro dogma. Cinco siglos hace que los mahometanos pisaron la Europa Oriental; y todavía no han recibido influencia ninguna de medio tan poderoso é influyente cual esa raza griega, que desde sus cadenas y hasta desde su tumba, tan extraordinarios milagros ha salido hacer en el mundo. Turquía se dilató muchísimo, llegando á exceder en extensión al antiguo imperio de Oriente; mas nunca recibió influencia ninguna del elemento cristiano y nunca ejerció sobre los elementos cristiano otra influencia que la dimanada de su fuerza y de su conquista. La grandeza de Turquía empieza en el siglo décimo quinto y no llega ni á fines siquiera del siglo décimo-sexto. La

CAPILLA ALFONCINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
D. A. N. M.

mano de nuestra España le puso un límite por tierra en el cerco de Viena y por mar en la batalla de Lepanto. Apenas habían transcurrido cien años después de tal suceso, cuando entraba en pleno decaimiento. Tras la guerra concluida por la paz de Carlowitz á fines del siglo décimo-séptimo, Hungría y el Peloponeso volvieron á llamarse tierras cristianas. Verdad que bien pronto recuperaron en Grecia los turcos cuanto habían perdido; pero verdad también que no pudieron recuperarlo sin retroceder y retroceder mucho en las orillas del Danubio. Así, de disminución en disminución, llegó tan abatida y triste á nuestros días la Puerta que ha debido ceder Bosnia con Herzegovina sin remedio al Austria y á Inglaterra Chipre. Hay más de un paralelismo entre la dominación musulímica de Oriente y la dominación musulímica de Occidente. Allí, como aquí, las aristocracias cedieron más fácilmente que las democracias al yugo del Korán. Y como aquí hubo la serie ilustre de monarquías pirenaicas destinadas á recabar el suelo nacional, allí hubo una potencia joven destinada también á rescatar del yugo musulmán á los territorios greco-eslavos. Esta potencia se llamó Rusia, esa Rusia, cuyas súbitas apariciones en el Oriente coinciden por completo con los retrocesos y decaimientos del Imperio turco.

Cuando vemos en este nuestro siglo tres ó cuatro graves conflictos entre Turquía y Rusia, olvidamos cómo dimanaban de añejas competencias, cómo se combinan y enlazan á una con hechos tradicionales y seculares, cómo ahondan muy naturalmente con sus raíces propias en los viejos tiempos y en la vieja historia. Poco á poco esta potencia fué tomando Azof, Crimea, Besarabia, Moldavia y las islas situadas á la desembocadura del Danubio. Aunque unas veces haya gozado todos estos dominios, y otras veces los haya perdido, no puede negarse que Rusia, ya tenga ó no la Besarabia, ya recupere ó pierda las islas danubianas, ya rectifique ó no su frontera de Moldavia, está frente á frente de Turquía, por necesidad, y tiene una guerra tan cruel con ella empeñada, que las paces de una con otra se parecen á treguas y á nada más que á treguas. Por grados sucesivos el Imperio turco se ha descompuesto y terminado. Las islas Jónicas pasaron por cambios tan bruscos de política y se sometieron á elementos tan diversos de dominación, que apenas comprendemos cómo hayan podido estar á un tiempo en nuestro siglo bajo la triste y aborrecible autoridad de los turcos mezclada con la tutela de Rusia. La Grecia, no emancipada en su totalidad, compuesta sólo del Peloponeso, la Eubea y las Cicladas, quedó dividida, desmembrada; trayendo con esta desmembración, gérmenes nuevos de perturbaciones sin cuento. Para comprender todos los peligros encerrados en las cuestiones de Oriente, no hay como contemplar las alternativas bruscas que han corrido sus Estados diversos. Desde 1805 á 1878 ha pasado Servia por seis fases diversas, determinaciones varias de increíbles conflictos. Y después de tanto controvertir su extensión, y de tanto pugnar por su nacionalidad, Servia se halla hoy rota, dividida y desmembrada como Polonia. Dos Reyes y dos Emperadores poseen el antiguo territorio servio: los Reyes de Montenegro y Servia, los Empera-

dores de Turquía y Austria. En los oídos de todos estos pueblos han sonado las palabras independencia y unidad; mas cuando han ido á buscarlas, tras combates sangrientos, han topado por fuerza en los recortes y disminuciones, que imponen á todo ideal y á los ideales progresivos muy especialmente, la triste realidad. No menos confusa la historia de Rumanía, y no menos grave la situación á que han traído estos territorios las guerras y los tratados. Rumanía se ha constituido con la suma de dos Principados tributarios de Turquía con la suma de Valaquia y Moldavia. Por esas diferencias tan enormes que hay entre los pueblos sitos á las orillas del Danubio, Valaquia y Moldavia no recibieron nunca de la dominación mahometana los agravios que Grecia y Servia, conservando en su aflicción una relativa independencia bajo la humillación de los añejos tributos á Turquía. Exenta de tales tributos por los tratados europeos; constituida en reino independiente, los tratados últimos hanla despojado de aquella parte de Besarabia, que frisaba con el bajo Danubio, y le han concedido la Doubruzka, cuya línea engrandece mucho su frontera por la parte del mar Negro; pero la expone mucho más que antes á las invasiones de Rusia. Con esto y con que su amada Transilvania todavía esté bajo la dominación indirecta del Austria, un desasosiego profundísimo reina en todo el rumano territorio.

Hay todavía una porción de los Balkanes y del Danubio, más ó menos adscrita por las convenciones diplomáticas al otomano imperio, que perturban y enzobran la política europea. Todo el mundo comprenderá que hablo de Bulgaria. Si el Estado propio de Servia y el Estado propio de Rumanía trae graves dificultades, no obstante hallarse una y otra en una relativa independencia, ¿cuántas no traerá Bulgaria, separada en dos por los tratados, reunida en una sola por la revolución, y con un organismo arreglado según sus votos, y otro arreglado según los votos de la democracia europea? El tratado de San Estéfano, con firme propósito de cortar en dos el territorio turco en Europa, concedió á la Bulgaria, por él ideada, una porción de las costas egeas. Pero el tratado de Berlín devolvió á Turquía las riberas septentrionales del Egeo, desmembrando en tres porciones desmesuradísimas el territorio búlgaro. Una porción se constituyó con las regiones comprendidas entre las orillas del Danubio y la cordillera de los Balkanes; otra porción se constituyó con las regiones allende los Balkanes, y se denominó la Rumelia oriental. La tierra comprendida entre las riberas del Danubio y los montes recibió una independencia, minorada sólo con la prestación de tributos; y la tierra de allende los montes recibió lo que se llama, sin grande propiedad, autonomía administrativa y una Constitución europea. Macedonia, que los búlgaros creen una prolongación de Bulgaria, y los griegos una prolongación de Grecia, quedó completamente á merced y arbitrio de los turcos, sus odiados dominadores; con lo cual no hay para qué añadir las profundas causas existentes allí de disgusto, y las profundas perturbaciones surgidas de todos estos disgustos. Así, el gobierno de tales diversos Estados se aparece cada día más difícil, y sus Reyes cada día más circuidos por pro-

celosos oleajes. Mientras en Servia los príncipes tienen que irse, casi ahuyentados por las divisiones entre servicios rusófilos y servicios austrófilos; en Rumania, la familia de origen alemán que allí reina, se despopulariza rápidamente, y toca en los límites de una deposición moral, precursora siempre de los grandes destronamientos materiales. Si exceptuamos el Montenegro, cuyo Rey, casi albanés, acierta con fortuna y prestigio á mantenerse allá en sus rocas, los demás pueblos cristianos que han surgido, más ó menos rápidamente, de las desmembraciones turcas, no se hallan muy satisfechos con su respectiva suerte. Cuando se atraviesa una situación tan crítica y particular como la situación atravesada por los pueblos cristianos del Balkán y del Danubio, todo les indica la necesidad imprescindible de una confederación correspondiente con sus respectivas situaciones. Pero la confederación pide ciertos afectos de amistad entre los pueblos á confederar; y la península no ve sino grandes odios, lo mismo dentro de Bulgaria; Rumania y Servia entre los partidos, que fuera entre los pueblos. Así, tras tantos esfuerzos empleados para pacificar la vieja Tracia, bien puede asegurarse que nunca estuvo tan cerca, cual hoy, de una tremenda guerra.

Una idea, muy confusamente advertida en la vieja Historia y por los antiguos pueblos, anima con su espíritu á Rusia, la idea de raza. Para este vastísimo imperio hay un papel que representar y un objeto que cumplir en la cultura moderna, por su fuerza y por su autoridad, la federación de los antiguos esclavones, unos, siervos del Austria; otros siervos de Alemania; otros, siervos de Turquía, según sus divisiones y sus fraccionamientos. Pero entre todos estos pueblos de un igual origen y de un igual destino, el que más atrae sus miradas, por la proximidad geográfica y por la consanguinidad fisiológica, es el conocido bajo la denominación célebre de boreal eslavo. Familia de antiguo numerosa y fecunda, se ha visto dividida entre los escandinavos, los alemanes, los austriacos, los suevos, los noruegos, los dinamarqueses, los húngaros, división que indigna y subleva naturalmente al ruso, poderosísimo en su Estado, y para concluirlo dispuesto á esgrimir todas sus armas y á verter toda su sangre. Observando la marcha de Busia, no ahora, desde que principió á sentirse con propia voluntad y conciencia, descúbrese cómo se ha propuesto quitar á los escandinavos, quitar á los magyares, quitar á los teutones, quitar á los turcos el dominio sobre las razas eslavas, constituyendo con ellas una especie de inmensa confederación militar, que llevase á su frente un Czar, general, emperador, pontífice, especie de semidiós, destinado á esgrimir perpetuamente desde su trono parecido á un carro nómada de guerra, el sable de cien combates, empeñados con el firme propósito de unir, y después de unir, vengar á una raza oprimida de antiguo por otras razas rivales. Allá, en el octavo siglo, las familias escandinavas y las familias esclavonas vivían muy separadas. Pero habiéndose formado en las grandes Penínsulas del Norte aquellas tres agrupaciones políticas, que se llaman Suecia, Noruega y Dinamarca, bien pronto la tensión interna de todos los Estados

que aspiran á dilatarse y extenderse, había de mezclarse por fuerza con los esclavones á los escandinavos, como también los había mezclado con los alemanes. Cuatro grandes grupos, á fines del siglo noveno, formaban los esclavos del Norte. Uno de estos grupos se dilataba por la Pomerania, el Brandeburgo, la Sajonia, pueblos hoy definitivamente germanizados. Otro de estos grupos formaba la Bohemia y la Moravia, donde ha ejercido el imperio germánico un poderoso influjo, pero sin lograr nunca germanizarlos. Otro de estos grupos componía la Silesia, condenada por su posición geográfica y por su carácter histórico á sufrir muchas y muy graves competencias. El grupo sito más al Oriente, grupo alzado entre Rusia y Hungría, debió formar primero el reino de Polonia, y servir luego á Rusia de comunicación más ó menos forzada, y violenta con el centro de nuestra Europa. La idea de raza domina toda la historia rusa. Por eso los servios y los búlgaros dominados por Turquía; los macedonios de sangre boreal que han querido huir á las pretensiones de Grecia y la ortodoxia del Phanar; los cheques y los moravios en sus competencias con el Austria; los esclavones de varias razas y creencias que han pretendido evadirse á la germanización, los croatas blancos que han peleado constantemente con Hungría: todos vuelven sus ojos hacia Rusia y todos la saludan como una dilatación superior de la inmensa Esclavonia, soñada por cada cual desde su respectiva servidumbre.

Un reino esclavón hay, sin embargo de esto, que nunca se adhirió á la idea esclavona. No habemos necesidad alguna de indicar cómo hablamos del reino polaco. Polonia, el mayor Estado surgido en la Edad Media del seno de los esclavones, ora por haberse adherido á la Iglesia católica, ora por otras causas, resistió siempre á las dobles atracciones de los alemanes sitos á su Occidente y de los rusos sitos á su Oriente, repugnando con igual repugnancia tanto la rusificación como la germanización. Así puede asegurarse que los caracteres distintos de la historia polonesa resultan competencias inextinguibles con Rusia mediante las cuales, en alternativas múltiples y varias, inicia ó sufre pavorosas conquistas. Al encontrarnos hoy con los rusos de nuestro tiempo, con los más liberales y avanzados, si por casualidad les preguntamos por la suerte futura de Polonia, deplorando su desgracia y su desmembración, diránnos cómo la tierra mártir debe sufrir estas trucidaciones terribles, y ver sus miembros repartidos entre los déspotas, por sus conquistas sobre Rusia y sus antiguas tiranías. La misma denigración sistemática empleada por los romanos del Occidental Imperio contra los griegos del Oriental, hase repetido por los rusos contra los polacos. La torpe ligereza de sus Reyes históricos, las procelas de sus elecciones regias, los tumultos de sus Asambleas anárquicas, las crueldades de sus aristocracias soberbias, la suerte mísera de sus campesinos esclavos, el azote de sus guerras civiles continuas, todo lo que ha podido perder moralmente á Polonia mucho antes de perderla materialmente y para siempre, todo se ha divulgado en la conciencia europea por los rusos, á virtud de una conjuración intelectual formidable, sabiendo cual saben cómo asesina y acaba